

para apoderarse de su misma naturalidad. Aunque, luego se fue vistiendo, al menos empezó por estar desnudo de identidad.

Fernando Jesús BOUZA ALVAREZ

JANUSZ TAZBIR: *Polskie przedmurze chrześcijańskiej Europy. Mity a rzeczywistość historyczna* (El baluarte polaco de la Europa cristiana. Los mitos y la realidad histórica), Interpress. Varsovia, 1987, 157 pp., ISBN 83-223-2253-4.

El problema planteado por Janusz Tazbir es el siguiente: como consecuencia de la pérdida de su propio estado y de una dependencia secular, los polacos han introducido en su mitología nacional la idea de «baluarte» (*antemurale christianitatis*). El profesor Tazbir, especialista eminente de la historia moderna, director del Instituto de Historia de la Academia Polaca de Ciencias, es conocido también por sus trabajos sobre las relaciones hispano-polacas y sobre la opinión polaca de la conquista y la colonización española en América, en los siglos XVI y XVII.

Este libro, denso en su contenido y atrevido en su visión histórica, toca un tema de gran importancia, el de la transformación de una cierta realidad histórica en una parte de la mitología nacional. Como resultado, Tazbir esboza y valora el papel del mito (el «antemural» en este caso) en la identidad polaca durante la época de los repartos, en el siglo XIX. Termina el libro con la perspectiva de funcionamiento de este mito en la realidad política actual de Polonia.

El estado polaco se sentía la vanguardia de la Europa cristiana, al menos desde el siglo XV. Esta convicción se vinculaba con la lucha contra los constantes ataques de los tártaros, los cuales no perdieron fuerza después de la batalla de Legnica (1241). En los siglos XV y XVI los polacos sentían mucho menos el peligro turco que las razzias casi anuales de los tártaros del Janato de Crimea. Sin embargo, para los nobles polacos la participación en las actividades bélicas antiturcas en los Balcanes era sólo una forma de defensa necesaria de carácter secundario. Era un motivo principal de la reserva polaca frente a las proposiciones y presiones de Roma y Viena. Los Habsburgo, por su parte, para frenar la expansión polaca empezaron ya en el siglo XVI una política de alianza con el gran ducado de Moscovia. La república nobiliaria, por su parte, firmó la paz eterna con Turquía en 1533, y la confirmó varias veces hasta 1619/1620.

La participación efectiva de Polonia en la lucha antiislámica de la Europa del siglo XVI no sobrepasaba los límites de otros países fronterizos de aquel entonces, y no puede ser comparada por ejemplo con la reconquista de la Península Ibérica. A los polacos les interesaba sobre todo el control de las rutas comerciales del mar Negro y Constantinopla. Por ese motivo

continúan durante los siglos XV y XVI las tentativas de imponer la soberanía polaco en los ducados de Moldavia y Valaquia. Hasta el siglo XVII persistió en aquella zona una forma de condominio turco-polaco. El desequilibrio en esta zona desde finales del XVI era una de las causas principales de las grandes guerras entre Polonia y Turquía. Por otro lado, preocupaba a los polacos el destino de sus regiones sub-orientales (Ucrania), donde la amenaza constante de los tártaros frenaba los progresos de la colonización. El conflicto socio-nacional en estas tierras fronterizas de la República Nobiliaria (las guerras cosacas entre 1648 y 1659) tuvo un impacto decisivo para la posición frente al poderío creciente de Rusia. En estas condiciones se formó el modelo del noble polaco, caballero cristiano, defensor de la fe y de la civilización frente a la «barbarie islámica».

Para los polacos, esa lucha tuvo una dimensión europea, era entendida de una forma *sui generis*, como un deber impuesto por la divina Providencia. No se creían en absoluto defensores de Europa como tal, pero sí se veían como baluarte de la fe. Desde esta posición jamás ocultaron que eran aún más anti-rusos que anti-turcos. Claro está que estas pretensiones polacas no eran admitidas en Italia, y hasta el Papado utilizaba el título de «*antimuraglia di christianità*» sólo como un halago diplomático (1573, 1597). La reserva de los polacos no era motivada por un pesimismo específico, sino por la consciencia de que podían ser atacados desde distintas direcciones. Lo cual sucedió, efectivamente, a mediados del siglo XVIII. Por otro lado, los nobles veían los planes de la guerra anti-turca como una forma de fortalecer el poder del rey. Pero lo que era realmente importante era la consciencia de que en el Este la «República» constituía el área más extensa de libertad.

El primer cambio sucedió durante el siglo XVII, cuando Europa aplaudió la heroica defensa de Polonia, entre Chocim (1621) y Viena (1683). Se fortaleció el sentimiento de la predestinación de los polacos como defensores de la fe. El concepto de baluarte se incorporó en seguida a la mentalidad barroca de los polacos (sarmatismo). Por otro lado, vencedores de los turcos, los polacos perdieron en este siglo tanto poderío militar como económico. Al mismo tiempo, se convirtieron en grandes admiradores de todo lo oriental.

La demostración de este proceso, que se prolonga hasta la época de la creciente decadencia y dependencia de Polonia (entre 1686 y 1772), se basa en el análisis de textos de diversa índole. Tazbir es un gran conocedor tanto de los aspectos religiosos como culturales de la historia polaca, y presenta una síntesis brillante y convincente. El capítulo final, en el que Tazbir presenta su visión de la mitologización, está sin embargo menos elaborado. Se trata aquí de una propuesta, de una puesta a punto más que de una síntesis ya madura. Hay que subrayar sobre todo que la visión del autor, aunque no del todo convincente, presenta algo nuevo e interesante para las investigaciones sobre la mentalidad polaca en la época de la esclavitud.

vitud (término con el que, en la historiografía polaca, se designa al período que se extiende entre el último reparto de 1795 y la recuperación de la independencia nacional).

Hemos querido prestar atención a este pequeño libro, básicamente, porque en él puede hallarse el papel básico que desempeñó el concepto primitivo de «*baluarte*», y sus distintas versiones míticas, para la formación de la nación polaca y su evolución, hasta hoy día. Por otro lado, ofrece una visión verdaderamente europea, situando las cuestiones tratadas en un contexto amplio, tanto político como cultural. En este sentido, las peripecias del concepto polaco de baluarte de Europa tienen un interés muy concreto para el estudio de las transformaciones de mentalidad en las zonas marginales y periféricas, en la época del crecimiento del centro occidental capitalista. Desde luego, la experiencia polaca sólo hasta cierto punto puede adaptarse al caso de las naciones ex-fronterizas. El estudio comparativo, esta vez concentrado en el siglo XIX, y los procesos de formación de las identidades nacionales, puede ser muy interesante. En este caso, tan prometedor para los estudios hispano-polacos, la obra de Tazbir no puede ser olvidada, como punto de referencia.

Jan KIENIEWICZ
Universidad de Varsovia

MANFRED, Albert: *Napoleón Bonaparte*. Ed. Akal/Universitaria. Serie H.^a Moderna, trad. Vicente Bordoy. Sin ilustraciones, 573 pp. Madrid, 1988.

Manfred es un gran especialista del relato histórico estudiando, además, la personalidad humana. En efecto, en esta obra procede desde la perspectiva microsociológica de *Max Weber*: penetrando en la piel, en la mente del «protagonista», analizando por qué actúa así, sin subjetivismos. Por consiguiente, su tesis central es la evolución ideológica y psicológica de Napoleón, una visión introspectiva de su ser como individualidad.

Por todo ello, el autor establece una cronología y una serie de hitos en los que aparecen sus aportaciones más destacables, referentes no sólo a Bonaparte sino también a la época en que se inscribe:

1. *Período Heroico*: Es su etapa de juventud que abarca desde 1787 a la primavera de 1797. En él influye la ideología de la Ilustración. Es un hijo de su tiempo: la libertad contra el despotismo. Idealista, agitador, jacobino en 1793 se transforma a principios del 97, tras el éxito, en un burgués al que le gusta el fasto, las recepciones, el lujo. Se siente lleno de gloria y de riqueza que han llegado tras diez años de pobreza y mala suerte.

Manfred destaca la importancia del *Golpe de Estado de 10 Termidor*: «Con él la Revolución ha terminado. El arranque popular heroico fue roto